

Antón Costas

# Atreverse a pensar lo impensable

Después de la revolución política que ha tenido lugar en las elecciones generales del 20-D, ¿sería imaginable un acuerdo político para la investidura y formación de un nuevo gobierno en España que no contemplara una respuesta a la cuestión social y a la lacra de la corrupción? Sin duda, no. De la misma forma, cualquier acuerdo para la nueva legislatura que no contemple una respuesta a la cuestión catalana sería un ejercicio de puro funambulismo político.

Sin embargo, mientras las dos primeras cuestiones están encima de la mesa de los negociadores de ese acuerdo, la tercera no parece ni siquiera estar en la agenda de la negociación. Es más, unos y otros la utilizan como coartada para llevar las aguas del acuerdo a su particular molino. Pero si finalmente no entra en la agenda, creo que no es una exageración decir que esta legislatura nacería amputada.

Hay tres problemas fundamentales que la nueva legislatura tiene que abordar si no quiere frustrar las ilusiones de la revolución de las urnas del 20-D. El primero es, sin duda, la cuestión social: el paro, la pobreza creciente (especialmente de niños, jóvenes y mujeres) y la desigualdad. Adam señaló que “ninguna sociedad puede prosperar si la mayoría de sus miembros son pobres y desdichados”. Tenemos que aplicarnos esa máxima. El segundo es la cuestión política de la corrupción. En parte es la espuma provocada por las aguas revueltas de la euforia económica inmobiliaria y del exceso de capitalismo concesional que tenemos. Pero ahora es necesario clarificar esas aguas. El tercer problema es la cuestión catalana.

A lo largo de estos últimos años he podido escuchar en boca de muchos líderes que la cuestión catalana es el principal problema político de España. Pero, si es así, ¿por qué hasta ahora ningún gobierno central ha tenido la valentía de dar una respuesta a esa cuestión? Hay dos razones.

La primera tiene que ver con la diferente forma de definir el problema catalán. El nú-

cleo básico es la aspiración a un mejor autogobierno y a una financiación suficiente para cubrir los servicios fundamentales que presta la Generalitat, así como para afrontar las inversiones necesarias para el crecimiento económico. Esta aspiración es compartida por más del 80% de los catalanes. Sin embargo, muchas veces el problema catalán se identifica únicamente con aquella parte de votantes que piensan que

**La suerte que han tenido los independentistas es que los demás no han dado credibilidad a lo que están haciendo**

el mejor camino para ese autogobierno sólo puede venir por la vía de la independencia.

La segunda tiene que ver con la dificultad para pensar la posibilidad real de la independencia. La mayor parte de los políticos españoles no cree que la independencia sea posible. De ahí que su respuesta se limite a una aplicación restrictiva de la ley, la utili-

zación de la vía judicial y, en su caso, la amenaza penal. Es un error. De hecho, la suerte que han tenido los independentistas es que los demás no han dado credibilidad a lo que están haciendo.

En cierta ocasión, refiriéndose a la ceguera de las élites para ver lo que estaba ocurriendo en los años veinte, John Maynard Keynes señaló que “nunca ocurre lo previsto, sino lo no pensado”. Con la independencia de Catalunya puede suceder lo mismo. A fuerza de no creer en ella, un día los no creyentes se pueden encontrar con que unas elecciones en Catalunya arrojen un resultado en votos que haga imposible ya negar esa posibilidad.

La única manera de contener el avance del sentimiento independentista es dando respuesta al malestar existente. Es necesario dar un paso adelante. Esa respuesta puede ser de máximos (una ley de claridad a la canadiense o un referéndum a la escocesa) o de mínimos (atender las aspiraciones a un mejor autogobierno y financiación, compatibles con el encaje en España). Pero ha de producirse.

La falta de respuesta es lo que ha empujado a una parte del catalanismo y también del nacionalismo no soberanista hacia las aguas de la independencia. No deja de ser curioso observar como los grandes partidos españoles han sido cuidadosos en no molestar a los nacionalistas vascos y navarros pero no han tenido reparo en frustrar, y hasta humillar, las aspiraciones catalanas. Hay que volver a traer al catalanismo y al nacionalismo catalán a la vida política española. Conviene a todos. También al resto de autonomías de régimen común (todas menos la vasca y la navarra) que desde la democracia se han visto beneficiadas en la mejora de sus competencias y de su financiación por el empuje catalán hacia un mejor autogobierno.

Los negociadores del pacto de investidura tienen que tener en cuenta aquella observación de George Orwell cuando señaló que “ver lo que se tiene delante exige una lucha constante”. La cuestión catalana es un claro ejemplo de ello. Sólo atreviéndose a pensar lo impensable se podrá evitar. ●



IGNOT

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Enrique Tufet

# Milli Vanilli y pactos electorales

Milli Vanilli fue el dúo alemán que triunfaba con su música pop a finales de los años ochenta y principios de los noventa. Tras su debut con la canción *Girl, you know it's true* (chica, sabes que es verdad), ganaron un Grammy al mejor artista novel en el año 1990. Pues no, paradójicamente no era verdad. Eran pura imagen y no cantaban. El público los castigó y tuvieron que retirarse tras un espectacular éxito aunque fugaz.

Eran otros tiempos. La autenticidad se consideraba un valor. Sin embargo, hoy en día la imagen prima sobre el contenido. Algunas personas dan más importancia a explicar sus vidas en las redes sociales que a experimentar realidades. Se

convierten de este modo en narrador y espectador, a partes iguales, de su propia existencia. Esto tiene un impacto también en la política. Estamos en la década de la *política pop* donde el eslogan, las formas y las siglas son lo que realmente es importante. La gestión y las competencias para abordar los problemas son aspectos totalmente secundarios.

Por otra parte, es conocido el adagio “quien paga manda”. Hemos descubierto que el dúo político integrado por Pablo Iglesias e Íñigo Errejón ha obtenido cuantiosos fondos de Irán y Venezuela, presuntamente. Entonces descubrimos que, como Milli Vanilli, los que cantan no lo hacen con sus propias voces, sino que son tenores de potencias extranjeras los que crean una corriente de opinión a través de estos líderes de la nueva política.

Ellos se limitan a hacer playback, pero curiosamente no importa, no hay castigo por parte del votante.

Nuestros socios comunitarios se preocupan, nuestros servicios secretos investigan (en secreto), los mercados amenazan, los analistas políticos se confunden y culpan a los medios de comunicación. Sin embargo, nadie habla de esta nueva corriente estética por definición donde precisamente la imagen prima sobre la ética, la razón, la economía y hasta las leyes físicas.

Me pregunto si hoy en día, de estar todavía vivos y en activo, Milli Vanilli seguirían cosechando éxitos, incluso a sabiendas de que sus actuaciones serían sólo una ilusión. Una parte de la sociedad prefiere una bonita ilusión a la dura realidad. ●

Pilar Rahola



## Conectados

En estos días de Mobile, con Barcelona en el foco mundial en avances tecnológicos, son muchos los foros donde se cuestiona la actual dependencia del ser humano a la conexión internautica. Bauman dijo, en can Cuní, que cuanto más conectados estamos a las redes sociales, más soledad acumulamos, quizás porque la vida virtual no es vida sino su simulacro. Es cierto, además, que esa *conexión* virtual nos da una apariencia de relaciones sociales que disfraza la necesidad de tenerlas realmente, lo cual siempre resulta más difícil. Además, estamos más observados que nunca, porque internet ha significado un Gran Hermano que todo lo mira y nada olvida. Más solos, pues, a pesar de estar más juntos, y también más controlados justo cuando creíamos que éramos más libres. En sentido contrario, también es verdad que muchas personas solitarias, con dificultades para conseguir relacionarse, han alcanzado una cierta socialización gracias a las redes, aunque las personalidades más frágiles también están más expuestas. Es el eterno dilema entre la bondad y la maldad de cada nuevo paso tecnológico de la humanidad, porque todo avance implica, a su vez, algún tipo de retroceso. Nada es gra-

**La red, como la vida, puede ser oscura o luminosa, destructiva o constructiva, solitaria o acompañada**

tuito y mucho menos la civilización.

Sin embargo, y estando de acuerdo con la crítica al exceso de dependencia de las redes sociales y de la tecnología en general, también es cierto que vivimos un tiempo fascinante. Bien llevada y, sobre todo, bien dominada, la comunicación internautica es un intercambio de conocimiento, a escala planetaria, que nunca habríamos soñado poder vivir. Además, la información llega ahora por todos los poros de la red, de forma ciertamente caótica, con tanta verdad como falsedad, a veces sin depurar, pero ahí está cada uno de nosotros para separar el polvo de la paja. Nunca habíamos estado tan cerca de lo lejano, ni habíamos podido contrastar las múltiples miradas del mundo. Y si bien continuamos estando indefensos ante la manipulación informativa, la multiplicidad de fuentes ayuda a encontrar muchas verdades escondidas. Sumado, grandezas y miserias de un nuevo tiempo de la humanidad.

En este punto, ¿cuál es el equilibrio? Probablemente el mismo que intentamos aplicar a la vida y que, cuando sale bien, es el resultado de una mezcla inteligente: dosis razonables de soledad bien llevada; capacidad de conjugar el verbo *compartir* y hacerlo duradero; buscar la calidad y no la cantidad de la amistad; saber encontrar una red de amor protectora; informarse más allá de las consignas; y, al final, aplicar el sentido común con las dosis necesarias de aventura. La red es como la vida: puede ser destructiva o constructiva, liberadora o esclavista, solitaria o acompañada, oscura o luminosa. El problema, pues, no lo tenemos con la nueva tecnología que nos seduce, sino con nuestra capacidad de no perder el sentido de lo humano con cada avance tecnológico. ●

E. TUFET, *abogado y consultor empresarial*